

una misma moneda. La aceptación de su muerte es una elección, libremente deliberada, de cumplir el encargo recibido de salvar a todos (10,29), y en eso mismo manifiesta Jesús que es uno con el Padre (10,30). En la potestad de dar la vida y de recuperarla se encuentra, pues, a juicio del Autor, el núcleo de la consideración glorificadora de la cruz como exaltación, que permite ahondar en el misterio de la muerte glorificadora de Cristo como don de sí.

Hasta aquí el contenido de esta valiosa monografía que, indudablemente, habrá de ser tenida muy en cuenta, a partir de ahora, en los estudios futuros sobre un tema de tanta trascendencia teológica. Es de esperar que el propio Autor –a quien felicitamos por su trabajo– continúe aportando a la comunidad científica los frutos de su investigación.

Antonio ARANDA

---

**Andrea Bozzolo**, *Il rito di Gesù. Temi di teologia sacramentaria*, Roma: LAS, 2013, 311 pp., 17 x 24, ISBN 978-88-213-0854-3.

Esta publicación no quiere ser una síntesis ni un manual; los artículos recopilados, sin embargo, apuntan a una propuesta de teología sacramentaria general que ha llamado nuestra atención y en la queremos fijarnos en estas líneas. El primer capítulo presenta la propuesta de Giuseppe Colombo y ya ha sido publicado con anterioridad; la voz más personal de Bozzolo y la revisión de su pensamiento se encuentran a continuación en los capítulos 2 y 3. El resto del libro corresponde a la sacramentaria especial: tres capítulos –los dos últimos son inéditos– que abordan el Bautismo, la Eucaristía y el Matrimonio, respectivamente.

Tras el Concilio las publicaciones sobre sacramentaria general son muy variadas en su planteamiento y método. La cuestión litúrgica que hemos heredado desde los albores del siglo XX, la languidez de la manualística clásica, las aportaciones de las ciencias humanas, así como la reforma litúrgica del Vaticano II, por no hablar de la búsqueda de un diálogo entre fe y cultura en una sociedad secularizada... plantean preguntas que van más allá de las sedes académicas: ¿qué sentido tiene la liturgia para entender –aceptar y vivir– el misterio cristiano? (p. 8). ¿De qué modo las situaciones comunes de la vida son impregnadas del don de la gracia que los sacramentos nos ofrecen? La res-

puesta la adelanta el autor en el título del libro: *Il rito di Gesù*, donde el rito no es una categoría abstracta, ni Jesús una persona lejana, sino una propuesta que asume la dimensión celebrativa de la Eucaristía, su alcance hermenéutico para comprender los demás sacramentos, y la dimensión salvífica del encuentro real de Cristo con los hombres en la liturgia.

Según el autor, ni la eclesiología de Rahner (pp. 16-22) ni la línea antropológica de Schillebeeckx y Chauvet (pp. 23-28) hacen justicia a la conciencia adquirida, en la teología y en la Iglesia en general, sobre la revelación y su anclaje en la historia. Aparte de otras críticas habituales sobre su método, ambos planteamientos olvidan la reciprocidad originaria entre manifestación divina y libertad humana propia de la Revelación (p. 30), y separan la noción de sacramento del acto histórico, dejando la celebración eclesial sin su raíz: la efectiva historia de Jesús con sus discípulos y el surgir de la praxis ritual donde se alcanza el reconocimiento libre y creyente de la verdad de Jesús (p. 29). La Eucaristía, en cuanto comportamiento que corresponde bien a la singular historicidad del evento cristológico y su intencionalidad original, es el lugar de la *traditio ecclesiae* desde el que la teología puede reflexionar sobre los sacramentos. Esta opción metodológica se apoya en la evidente ordenación de todos los sacramentos a la Eucaristía, que es –en palabras del A.– «la memoria objetiva de la acción salvífica del Señor y por tanto el lugar de la nueva alianza de donde nace la Iglesia» (p. 37). Es decir, el lugar privilegiado en el que se establece una relación viva entre la libertad humana y Cristo, que nos ofrece unirnos a su donación pascual; unión donde son sellados los momentos cruciales de la existencia –la enfermedad, la madurez cristiana, o la decisión de un estado de vida en el ministerio sacerdotal o como marido y mujer– con la alianza definitiva de la celebración eucarística.

El segundo capítulo trata sobre la relación entre el evento fundador y la acción litúrgica. Junto a reconocidos autores como Casel y Rahner, hay otros que, a juicio del A., colman las lagunas de los anteriores y que merecen atención: Eberhard Jüngel y Louis-Marie Chauvet. En rápida síntesis se pasa revista a sus propuestas, para acabar con una confrontación con la Encíclica *Fides et ratio* a partir de la cual aparece la propuesta de Bozzolo. El experto en sacramentaria no encontrará novedades en la parte analítica; el aprendiz, tendrá delante una presentación ordenada y suficiente –quizá algo separada de los textos originales– sobre las preguntas clave del debate (el abandono de la estructura hilemórfica y la asunción de la forma práctica del acto ritual, el papel del hombre en la acción litúrgica), los conceptos más relevantes de cada autor (la *actio*, la presencia misteriosa y la fe en Casel; el símbolo real de Rahner...), sus presu-

puestos teóricos (Heidegger en el caso de Jüngel y Chauvet, las derivaciones del pensamiento luterano y Schleiermacher en Jüngel, el método trascendental en Rahner, la fenomenología religiosa y el estudio de los Padres con Casel). Sin embargo, es fundamental el apartado «L'assoluto e il tempo» (pp. 69-72), pues tras resumir el *status quaestionis* al que nos hemos referido (pp. 44-69), traza las líneas maestras de su pensamiento. Podríamos resumir así sus primeras conclusiones: el sacramento debe ser estudiado como acción litúrgica, dejando clara la absoluta trascendencia de Dios y la dimensión temporal del hombre. La mediación litúrgica no puede ser entendida como la vinculación entre don de la gracia y una determinada práctica de culto por parte de una voluntad divina extrínseca, sino «como el modo original con el que Jesús realiza en sí la concordancia de lo divino y lo humano» (p. 69). La categoría de símbolo es pertinente, aunque compleja en su interpretación, ya que requiere un equilibrio que corrija el «exceso de inmediatez» de la epifanía del misterio (Casel) o de la «invasividad sacramental» de la gracia (Rahner). La teología sacramentaria necesita elaborar una idea de obrar simbólico-ritual que respete la precedencia del misterio divino, al tiempo que no reduzca la forma celebrativa a ornato externo de un contenido eterno, y que respete la particularidad del hombre, sujeto histórico y creyente que pueda encontrar «en la mediación sacramental la misma estructura simbólica de acceso a la revelación de Dios que se ha cumplido de una vez para siempre en la historia de Jesús» (p. 72).

Su propuesta se completa en las siguientes páginas, tomando pie de *Fides et ratio* n. 13, con la idea de mostrar el nexo entre Revelación-sacramentos partiendo del signo eucarístico, con su unidad indisoluble entre contenido (la *res*, la comunión con Dios) y significado (la *significatio*). En la Eucaristía, «forma eminente del encuentro entre la libertad del hombre y el misterio de la verdad divina» (p. 75), el creyente se siente interpelado en su fe y en su corporeidad por la verdad que se le revela, y sin caer en una actitud posesiva, sino de reconocimiento de su inagotable riqueza; asimismo, la revelación no se manifiesta como un hecho del pasado, sino un darse gratuito que exige un tú que lo acoja con agradecimiento y que tome conciencia de que es el origen y el fundamento de su libertad (p. 76). Esta tesis encuentra su confirmación en la Escritura: conocemos el rostro de Dios si miramos la historia de Abrahán, Moisés, los profetas... (p. 77). En ella, junto a las aventuras humanas, el rito emerge como condición de posibilidad de las acciones de Dios y de la memoria de las mismas en el pueblo elegido. Emblemática en este sentido es la salida de Egipto, donde la liberación social tiene una doble finalidad: habitar un

nuevo país y dar culto a Dios en el desierto. Siguiendo en parte las intuiciones de Ratzinger en su comentario al Éxodo en *El espíritu de la liturgia*, el A. ejemplifica el nexo entre *significatio* ritual y *res* (la Alianza, la vida conforme a la voluntad de Dios): «en la acción ritual, la dinámica inclusiva que vincula revelación divina y decisión humana está realmente sintetizada» (p. 80). El rito no está a disposición del hombre y tampoco es algo exterior; en su inutilidad empírica unifica la libertad del hombre en torno a un centro, y hace «audible» en la historia la Revelación de Dios que pide la respuesta del hombre.

En el Nuevo Testamento sucede lo mismo. La peculiar actitud de Jesús frente a la religiosidad de su tiempo (pp. 81-85) muestra no sólo las contradicciones del ritual de Israel, sino que le otorga su sentido último, la verdadera y definitiva Pascua. El culmen de este proceso es la institución de la Eucaristía que, conforme a lo que hemos apuntado, es algo más que la fundación de una praxis ritual, es reveladora de una «Cristología» (p. 86). Al contemplar la Última Cena se advierte cómo el *gesto* de Jesús cumple y supera el rito hebreo. Su Carne y su Sangre ofrecidos son el verdadero Cordero inmolado, que da el acceso a la intimidad de Dios (p. 87); la oblación de sí al Padre que, en un contexto de memoria-bendición-acción de gracias, cumple el abandono creyente de Israel (p. 88). El rito es entonces «mediación efectiva». Ante esta acción-oración-revelación de Jesús, los discípulos no permanecen pasivos, sino que quedan implicados y comprometidos para siempre en su gesto y en su oración.

Las conclusiones metodológicas y conceptuales son netas. En primer lugar, la *res* ofrecida en el gesto eucarístico no puede entenderse desde «fuera»; la *res* exige la implicación de la libertad y la situación histórica del hombre para «atravesar la misma Pascua de Jesús» (p. 89). En segundo lugar, la recuperación de la valencia teológica de la acción ritual enarbolada por el A. significa reconocer que «el lugar en que últimamente la verdad de Dios puede ser reconocida es el acto práctico de la relación con Él» (p. 91). La forma celebrativa, a través del carácter instituido de sus símbolos y de la acogida libre que en cada caso se requiere, mantiene el equilibrio justo de la relación con Dios, respetando su trascendencia y reconociéndola irreductible a un concepto, a una experiencia emotiva o a un obrar pragmático. El sacramento ofrece al hombre su salvación radical (p. 92): la celebración exige entonces que sean llamadas en causa todas sus dimensiones vitales, y muestra al mismo tiempo que el sentido no se «fabrica», sino que el destino de la libertad es donado y sólo puede acogerse con confianza. El sacramento celebrado aparece así en un con-

texto de fe, como el lugar paradigmático de la estructuración de la misma fe y de su efectivo y peculiar ejercicio (p. 92).

La relación entre fe y rito compendia el tercer capítulo: ¿qué significado tiene la mediación del gesto religioso para la actualización de la fe que salva? Una cuestión que exige ir más allá de la noción de signo clásica de san Agustín, y de la reducción de la causalidad a la propia del obrar técnico, incapaces de dar razón de las realidades divinas y humanas que acontecen (pp. 95-96). El punto de partida debe ser otro: el rito. Una opción pertinente que se apoya en *Sacramentum caritatis* n. 34, y que puede beneficiarse de los estudios mistagógicos. Un proyecto radical que supone una revisión crítica tanto de los modelos clásicos de la ya mencionada manualística (pp. 99-104), como del nuevo objetivismo del rito por parte de algunos liturgistas –donde *rito* se convierte en una noción abstracta que condiciona la reflexión de los sacramentos celebrados *in actu*–, el personalismo de Schillebeeckx (pp. 104-106), la teología trascendental de Rahner (pp. 107-111) o las reflexiones de Chauvet (pp. 111-114). Un modelo viable encuentra en el Nuevo Testamento un fundamento sólido que, de la mano del biblista Beauchamp y su comentario al capítulo 6 de Juan (pp. 116-121), no opone fe y rito, en cuanto claves de acceso a la Eucaristía. Superando el prejuicio de que el acceso al misterio de Dios compete exclusivamente al pensamiento (p. 122), o que la presencia de Dios ante el hombre queda confinada en la inmediatez del lenguaje ritual sin respetar la sobreabundancia de la verdad de Dios (p. 123), la reflexión originaria sobre los sacramentos debe partir del acto mismo de su celebración, entendida como «inmediatez mediada», que exige la experiencia previa de lo Sacro (pp. 124-127). En efecto, «sin una inmediatez originaria de Dios respecto al hombre ningún símbolo podría tener ni forma ni fuerza»; el rito, implicando al hombre por completo «en sus efectos, pensamientos, gestos e intenciones», lo coloca frente al Absoluto y le pide que oriente su deseo innato de intimidad con Dios en una determinada dirección, para establecer una «relación orante». Entonces el hombre puede reconocer y asumir personalmente que la mediación sacramental proviene del Tú divino, del que realmente sabe quién es de un modo diverso a la distinción conceptual. Entre fe y rito hay una circularidad: el rito permite al espíritu finito responder a la iniciativa divina que lo constituye y precede desde siempre; la fe es un acto de decisión que «verifica» el rito, reconociendo en él la llamada de Dios y la manifestación real de su misterio (p. 128).

Antes de terminar propongo una valoración sobre esta propuesta de sacramentaria general. Es innegable el conocimiento y la claridad expositiva de

los debates contemporáneos, así como el esfuerzo por descubrir el valor teológico (cristológico-pascual) del rito. Una sacramentalidad difusa acaba en nominalismo. Sus presupuestos de teología fundamental resultan equilibrados y toman en serio la libertad del hombre frente al Dios que se revela. Sin caer en tópicos sobre la sacramentaria clásica, el A. ha sabido expresar su respeto por el servicio que aquélla ha prestado a la teología. El alcance antropológico de su reflexión resalta con acierto la centralidad del sacramento en la vida cristiana y, al mismo tiempo, su radicación en el deseo de Dios que subyace en el corazón del hombre. Esperábamos un desarrollo mayor de su «sacramentaria eucarística», de la que sólo se apuntan pocas líneas. Sería deseable que el autor desarrollara la dimensión escatológica de los sacramentos, la preguetación de la que somos partícipes en cuanto a signos proféticos. Por último, aunque se han dado pasos, queda aún por explicar con precisión *Optatam totius* 16 –los misterios de salvación *presentes* y *operantes* en las acciones litúrgicas– y, por eso mismo como bien señala Bozzolo, cognoscibles y con capacidad de comprometer y configurar la existencia del cristiano.

Alfonso BERLANGA

---

**André-Marie JERUMANIS**, *In Cristo, con Cristo, per Cristo. Manuale di teologia morale fondamentale. Approccio storico-sistemico*, Torino:

Edizione Camilliane («Mistero e Pensiero», 4), 2013, 797 pp., 15 x 21, ISBN 978-88-8257-153-5.

André-Marie Jerumanis es profesor ordinario de Teología moral en la Universidad de Lugano, miembro del grupo de investigación *Hypsosis*, dirigido por Réal Tremblay, y experto conocedor del pensamiento de Hans Urs von Balthasar. El manual de moral fundamental que publica se encuadra dentro del camino de renovación de esta disciplina auspiciado por el Concilio Vaticano II y la encíclica *Veritatis splendor*, según el enfoque cristológico-filial característico del grupo *Hypsosis*.

El título del manual se inspira en el himno de Col 1,12-20, que presenta a Cristo como causa ejemplar (en), final (por, para) y eficiente (con) de la creación. Todo lo creado tendría una existencia ideal *a priori* dentro de las perfecciones del Hijo de Dios. Así, cada hombre está predispuesto desde el inicio a